

## LA FLOR

Érase que se era una pequeña flor, una flor blanca de pétalos cortos. Sus hermanas, pues también las flores tienen hermanas, eran mucho más grandes y vistosas, dos de ellas tenían pétalos color de rosa, y una, pétalos color naranja, pero ninguna de ellas tenía un perfume tan delicado como el de la pequeña. ¿De que me sirve este perfume se preguntaba si nadie puede olerlo? Y eso también era verdad. La pequeña vivía en el fondo del jardín, donde nadie se acerca, ni la hermosa joven que se encarga de ponerles agua ni los niños que suelen jugar ahí. Menos se acerca el dogy, un hermoso y gran perro que todo el día brinca, come o duerme. Eso de que alguien te diga que ha llevado una vida de perro para decir que vivió mal es mentira, ya quisiera ella tener esa vida de perro, porque a ella por estar escondida le llegaba muy de cuando en cuando algunas gotas de agua que apenas le alcanzaban para sobrevivir, quizás por esto no creció como su madre y sus hermanas. Del padre no se sabe nada, como suele suceder, pues un ave fue la que se encargó de fertilizar a la madre. ¿Dónde vivirá, será hermoso, tendrá otras plantas como compañeras, cuantos hijos tendrá? Como cualquier ser terrestre la pequeña tenía defectos, y el mayor consistía en ser envidiosa. Siempre se envidia lo que no se tiene y ella envidiaba, y casi llegaba a odiar, a sus hermanas por su hermosura, su presencia, sus colores, su brillo. Cuantas veces no vio a la hermosa joven acercarse a ellas y delicadamente tomarlas entre sus dedos para oler su perfume, después les decía algo, pero como era idioma humano ella no lo entendía, pero de seguro era algo hermoso pues de esa mujer todo tenía que ser así. A ella jamás se acercó por más que su mayor deseo en este mundo era que la bella mujer la tocara, la oliera y después que hiciera con ella lo que se le diera en gana. A la pequeña le entraron muchas dudas existenciales. Aparte del que

quién era, de dónde venía y qué sucedería con ella al morir, se preguntaba que por qué le gustaba tanto esa joven, que si era normal que le gustara un ser humano y no otra flor o planta. Peor aún era que al saberse enamorada de un ser que no le correspondía como especie además éste fuera de su mismo sexo. ¡Soy una flor lesbiana!, se decía, muy asustada. Le preguntó a su madre si esto suele suceder entre las flores recibiendo como respuesta un rotundo no, que eso jamás ha sucedido, que eso son degeneraciones de los humanos pero no de las plantas. Por supuesto que no se atrevió a decirle que ella estaba enamorada de una mujer, capaz y la madre la destruye para siempre. Eso era un secreto para ella misma y para nadie más. Entonces cuál es mi destino, se preguntó. Sólo existe uno, se contestó, contemplar de lejos a la amada y morir de celos cada vez que se acerca a las otras flores. Ayer vi que se llevó a su casa a mis hermanas de pétalos de colores. Con delicadeza y con unas tijeras brillantes cortó el tallo de cada una. Que no diera yo para que con esas mismas tijeras me cortara el tallo, las hojas, los pétalos, el cáliz, los pistilos, los...Pero que sea ella, nadie más, menos ese jardinero prieto y gordo que viene los miércoles de cada semana. Que hombre tan feo, aseguró. Esos días es cuando agradecía el lugar que le tocó en el jardín. Ahí el jardinero nunca se acerca y de poderlo hacer seguro que me hubiera arrancado de la tierra y me hubiera aventado al montón de hojas secas que coloca en el pasillo, se dijo a si misma. Se angustió al saber que le quedaba poco tiempo de vida, las flores viven unos cuantos días y después mueren. A ella le faltaban sólo veinticuatro horas antes de marchitarse y caer al piso. Fue cuando se hizo el milagro, cuando dejó de pensar en la mujer y en sus hermanas, cuando olvidó sus envidias y sus odios. Ahora todo era amor y pasión. Por su perfume delicado y delicioso un colibrí se acercó a ella y sin dudarlo introdujo su largo pico en el cáliz de la flor abierta. La sensación y el placer que le proporcionó jamás lo podrá describir de tan intenso que fue pero se puede resumir en su

pensamiento: a partir de este momento puedo morir feliz. Y así sucedió. Al día siguiente sus pétalos cayeron al piso y el perfume se elevó para perfumar el cielo.

Tomás Urtusástegui

Atlanta 2005